

E

RESEÑA  
DE LA  
VIGESIMACUARTA PEREGRINACION  
DE LA  
Diócesis de Querétaro  
AL  
TEPEYAC.

---

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.

---

QUERETARO.  
IMPRESA ECONOMICA.---MALFAJADAS I.

1909.

RESEÑA  
DE LA  
VIGESIMACUARTA PEREGRINACION  
DE LA  
Diócesis de Querétaro  
AL  
TEPEYAC.

---

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.

---

QUERETARO.  
IMPRENTA ECONOMICA, MALFAJADAS I.

1909.

RESERVA  
DE LA  
Peregrinación  
DE LA  
Diócesis de Querétaro  
AL  
TEPEYAC.

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD UNIVERSITARIA

QUERÉTARO  
IMPRESA ECONOMICA MEXICANA

1909



UNA de las manifestaciones más grandiosas y solemnes de la religiosidad de los pueblos en los tiempos actuales, que marca, por decirlo así, el nivel de la piedad, elevándolo á la vez á un grado muy alto, son las peregrinaciones á los santuarios y lugares insignes, que á un mismo tiempo suelen ser el relicario máspreciado en que se guarda la fe, y el más robusto monumento que conserva la historia, las tradiciones, las glorias y los recuerdos de cada pueblo.

Por esto mismo no podría ser de otra manera: Dios Ntro. Señor se ha dignado escoger en la tierra algunos determinados lugares, para que, bajo la advocación y patrocinio de la Sma. Virgen María, ó de algún santo del cielo, sean particularmente santificados, y para hacer en ellos magnífica ostentación con la alteza de su sabiduría, la muchedumbre de sus misericordias y las obras admirables de su omnipotencia. Y entendiendo los pueblos que todo eso no es otra cosa sino una señal de la predilección de Dios, y que aquellos lugares benditos deben ser el eslabón sagrado que los una con el cielo, y que con ellos están estrechamente vinculadas su vida, su paz, su prosperidad; se levantan unánimes, y en grandes multitudes van hacia el tabernáculo en que Dios se digna habitar con ellos, y besan sus muros, y riegan el pavimento con sus lágrimas, y se saturan de fe y de amor, y hacen llover sobre ellos mil celestiales bendiciones. El cielo entonces se entreabre, y los ojos de la fe contemplan en admirable y estrecho abrazo, Dios y el hombre: Dios que graciosamente ha elevado al hombre á la capacidad de cono-

cerle y amarle; y el hombre que, sea individual ó colectivamente, siempre busca y anhela por esa unión suprema que solo puede proporcionarle con sus prácticas sublimes la santa Religión.

México, el pueblo venturoso que ha sido testigo y objeto de singular predilección divina, pues desde la aurora misma de su civilización tiene la dicha sin igual de dar hospedaje á la siempre Virgen María en su efigie prodigiosa de Guadalupe, no puede menos que reconocer la bondad de Dios, de cuya mano, por los ruegos de María, ha recibido tan espléndido beneficio. Porque María de Guadalupe es su alma, su vida, su todo; es el último baluarte de su fe, el centro á donde convergen sus empresas, ideales y aspiraciones; es vida de su literatura, de su poesía y de sus artes genuinas; es el punto más culminante y glorioso de su historia; María de Guadalupe es el nombre bendito que primero balbucen los niños, y el último que cruza por la memoria cansada del anciano: en una palabra, en el corazón de este pueblo tiene un lugar preferente María de Guadalupe; y con razón: ser mexicano y guadalupano es una sola cosa. Oh! Anátoma al mexicano que no ame á la Virgen de Guadalupe!

Entre los cultos más espléndidos que tributa México á su Nacional Patrona, deben contarse sin duda esas numerosas romerías que de todos los ámbitos de la República acuden á sus plantas en determinados días del año. Es notable cómo van las multitudes, encabezadas por sus respectivos Prelados eclesiásticos, dejando sus hogares, sus intereses, sus familias; arrojando á veces dificultades casi insuperables; entregándose sin vacilar á las lluvias, soles y demás inclemencias de un viaje dilatado y penoso á través de valles y serranías, dando siempre lecciones patentes de amor y gratitud á la Reina del Cielo, que también lo es de México, porque se ha dignado poner su trono en este suelo.

De ésto dan testimonio, y muy justamente, las diócesis de nuestra República; pero muy en especial la de Queréta-

ro, que viene practicando sus peregrinaciones al Tepeyac, año por año, veinticuatro ha.

A dejar á nuestros descendientes un recuerdo de las solemnidades con que en el año en curso se ha verificado nuestra peregrinación; tienden estos breves apuntes que, si no merecen ponerse al lado de las *reseñas* anteriores, esperamos no obstante serán benévolamente acogidos por los queretanos.

Al aparecer la Carta Pastoral de nuestro Ilmo. Prelado invitando á sus diocesanos á la peregrinación y dictando las prescripciones correspondientes, notamos desde luego que todo iba á tener lugar como venimos acostumbrando, anunciándose de extraordinario únicamente un solemne acto que se verificaría, como fué de hecho, en el Templo Expiatorio Nacional de S. Felipe de Jesús, obedeciendo ésto á una conclusión del III Congreso Católico Nacional, puesta ya en práctica, antes que por la nuestra, por varias diócesis de la República.

La peregrinación de á pie en número de unos 400 hombres, salió de Querétaro el 23 de junio, bajo la presidencia del M. I. Sr. Arcediano D. Florencio Rosas, previo el ejercicio preparatorio que tuvo lugar la víspera en el templo de la Congregación, y la Santa Misa que á las 4 de la mañana del propio día 23 celebró el Ilmo. y Rmo. Sr. Obispo; alimentados la mayor parte de los peregrinos con el Pan Eucarístico, y habiendo recibido del mismo Dgmo. Prelado la bendición ritual.

Hicieron con toda felicidad su viaje nuestros hermanos en la fe; pero hubo un incidente, bastante desagradable por cierto, que brevísimamente referiremos. Y fué que en Jilotepec la autoridad civil local hizo un extrañamiento, en fuerza de su obligación de vigilar por la observancia de las leyes en el territorio de su jurisdicción. La infracción que motivó el extrañamiento había consistido en que por Canalejas [punto

anterior á Jilotepec distante como dos leguas] habían rezado el Rosario y cantado algunas alabanzas, y el haber entrado á la población con el astil del estandarte desnudo; el astil, como es sabido, remata en una cruz. Tal fué toda la causa del disgusto del Jefe político del lugar, quien puso el grito en el cielo, y citó á su oficina al dignísimo Sr. Presidente de la peregrinación, cita que tuvo lugar á hora bastante incómoda de la noche, y al fin impuso el castigo de veinticinco pesos de multa. Conducta anticatólica que contrasta grandemente con la esquisita religiosidad de los habitantes de Jilotepec, quienes en unión de su digno párroco, se mostraron para con los peregrinos, no diré caritativos, porque no puede ser en esto la caridad medio de comparación; sino excesivamente corteses, señaladamente finos, prodigando toda clase de manifestaciones de atención, externando su desagrado por la conducta del Jefe, y después, como protestando contra ella, por la cuotización que verificaron para reunir los veinticinco pesos de multa, que al fin pusieron en manos del Sr. Presidente de la peregrinación.

Al llegar á México, serían algo más de quinientos los peregrinos, según datos que tenemos.

El tren especial partió de Querétaro á las 6. 30 a. m. del día 30 de junio, bajo la dignísima presidencia del Prelado Diocesano, llevando á bordo á varios Sres. sacerdotes, las Comisiones del Seminario, Liceo Católico y Escuela de la Sagrada Familia, el Orfeón, y muchos fieles, haciendo un total de unas seiscientas personas, contadas las que subieron al tren en las demás estaciones de la Diócesis. Sin ningún contratiempo se realizó el viaje, no habiendo otra nota particular que la muy grata de haberse podido saludar los peregrinos de tren y los de á pie, recibiendo estos de aquellos frutas, dulces y estampitas de recuerdo.

La función en la Basílica el día 2 fué como sigue: á las 6. 30 se verificó la solemne y oficial entrada, que consiste en recorrer procesionalmente las naves del templo, el Seminario, el clero, y el Prelado Diocesano, cantándose á los

acordes del órgano, alternando con el Orfeón, las populares alabanzas *Pues concebida* etc., y llevándose delante el precioso estandarte de la Diócesis por tres sacerdotes, que en este año fueron los Sres. Curas D. Manuel A. Gómez, D. José M. García y D. José de la Isla. Este acto concluyó con las preces acostumbradas, en que se pide á la Sma. Virgen el remedio de nuestras más apremiantes necesidades.

A las 8. 30 empezó la Tercia cantada, siguiendo inmediatamente la Misa, en que ofició el Ilmo. y Rmo. Sr. Rivera, siendo Presbítero Asistente el M. I. Sr. Arcediano, Diáconos de honor los Sres. Cango. Dr. D. Jesús M. Barbosa y Cura D. José M. García; Ministros de la misa los Sres. Presbíteros D. Honorato Herrera y D. Manuel A. Gómez; portabáculo y portamitra respectivamente los Sres. Cura D. Jesús Frías y Pbro. D. Hospicio Ordóñez, y ayudando en los demás oficios varios ordenandos de nuestro Seminario. Fungió de Maestro de Ceremonias el Sr. Pbro. D. Pedro Vera.

El sermón fué encomendado al R. P. Nicolás Marín Nequeruela, C. M. F., quien con mucha felicidad desarrolló el tema: *La Sma. Virgen de Guadalupe, alma de la Patria Mexicana*. Esta pieza, muy elogiada por la prensa de la Capital, y por muchas personas competentes, puede verse íntegra al final de estos apuntes.

El concurso fué muy numeroso, estimándose en muy cerca de tres mil el total de peregrinos; y tomaron parte muchos sacerdotes cuyos nombres, repitiendo los que hemos venido expresando, son los que siguen: M. I. Sr. Arcediano D. Florencio Rosas y Sr. Cango. Dr. D. Jesús M. Barbosa, quienes formaron la Comisión por el M. I. y V. Cabildo Eclesiástico; Sres. Curas D. Manuel A. Gómez, de Santa Ana y Espíritu Santo; D. José M. García, de San Sebastián; D. Tomás Maciel, del Pueblito; D. Jesús Frías, de la Cañada; D. Benjamín Solorio, de Cadereyta; D. José de la Isla, de Tolimán y D. Francisco Velázquez, de Amealco; Sres. Pbro. D. Ignacio de la Parra, D. Pedro Vera, D. Honorato Herrera, D. Luis Hernández, Ing. D. Zacarías Gómez, D. Hospi-

cio Ordóñez, D. Fidencio Arroyo, D. Antonio Hernández, D. José Martínez, D. Nicolás Tapia y D. Manuel Pérez.

Al fin de la misa se cantó solemnemente la *Salve*, concluyendo con ella el ejercicio de la mañana.

Por la tarde á las 5. 30, con el concurso de no pequeña parte de los peregrinos, de todos los sacerdotes, Seminario y demás Comisiones, y presidido por el Ilmo. Sr. Rivera, se verificó en el Templo Nacional Expiatorio un muy devoto y solemne ejercicio; cantose el Trisagio, se rezaron varios actos de desagravio, siguió el sermón que predicó el R. P. Carmelo Blay, O. D., encargado del templo, y concluyó con la bendición con el Smo. Sacramento, que impartió nuestro dignísimo Prelado. Estos actos, que todos las Diócesis practican después de haber tributado sus homenajes á la Virgen Guadalupana en su Basilica, lo cual es el directo objeto de las peregrinaciones, y que tienen por fin el desagraviar á la Majestad Divina por los pecados de la Nación y por los particulares, resultaron verdaderamente solemnes, y abrigamos firme confianza en que Dios Ntro. Señor, movido por los ruegos y plegarias que nuestra amada diócesis le ofreció por mediación de María de Guadalupe, hará descender sobre toda la Nación Mexicana el suave rocío de sus misericordias.

Completamos el relato del ejercicio vespertino con la inserción de la elocuente oración sagrada.

Para concluir, no podemos dejar de dedicar aunque sean breves líneas, á nuestro Orfeón. Sin emplear las frases obligadas de la prensa, de notoria exageración, si hemos de notar con verdadero agrado, que la parte musical en todos los actos que dejamos reseñados fué muy bien ejecutada. Y ésto á nadie extrañará de seguro, porque el Orfeón queretano es justa y generalmente alabado por la delicadeza con que interpreta sus partituras, no menos que por el gusto, tan religioso como clásico, de las mismas. La dirección fué desempeñada por el Sr. Pbro. D. José Guadalupe Velázquez, honor de la diócesis de Querétaro, quien desempeña

el cargo de Director de la Escuela queretana de Música Sagrada desde la fundación de ella. Compúsose el coro de unas setentaicinco voces, habiendo prestado ayuda bondadosamente varios señores, de Querétaro unos, y otros de México, que no pertenecen al Orfeón. Se desarrolló el siguiente programa, cuyos estudios se verificaron bajo el cuidado y dirección del reputado Profesor D. Agustín González, Subdirector de aquella Escuela.

—❖— DIA 2. ❖—

"*Pues concebida*," canción popular armonizada para 4 voces por.....J. G. Velázquez.  
Missa "*In Ascensione Domini*" á 5 voces,..I. Mittlerer.  
Partes variables de la misa, juxta *Editionem Vaticanam*.  
"*Salve Regina*," en canto llano.

POR LA TARDE.

*Trisagio* á 3 voces por.....J. G. Velázquez.  
*Miserere* á 3 voces por.....J. G. Velázquez.

—❖— DIA 3. ❖—

"*Missa Sexta*" á 3 voces con organo.....M. Haller.  
*Communio "Non fecit"* á 4 voces,.....J. G. Velázquez,  
Partes variables, juxta *Editionem Vaticanam*.

Querétaro, Julio de 1909.

LAUS DEO ET B. M. V. DE GUADALUPE.



# María, Madre de la Patria.

SERMON

PREDICADO EN LA INSIGNE BASILICA

DE

## NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE,

Con motivo de la Vigésimacuarta Peregrinación

DE LA

### DIOCESIS DE QUERETARO.

EL 2 DE JULIO DE 1909

POR EL R. P.

## Nicolás Marín Negueruela

HIJO DEL CORAZON DE MARIA.

CON LICENCIA DEL ORDINARIO.

QUERETARO.

IMPRENTA ECONOMICA.--MALFAJADAS I.

1909.



Et mandavit ei ut ingrederetur ad regem et rogaret pro populo suo et pro patria sua.

(Esth., XV., 1.)

Y Mardoqueo mandó á Ester que se presentara al rey é intercediese por su pueblo y por su patria.

(Ester, XV, 1).

Illmo. Señor: (1)

Muy ilustre y venerable señor: (2)

Un día fué en que desde la cima del Calvario, entre las convulsiones y estremecimientos de la naturaleza adolorida, dejóse oír una voz que decía: *Mujer, he ahí á tu hijo*; y después de diecinueve siglos, en que fué desenvuelto el drama sangriento de la Pasión, creemos todavía percibir los ecos de aquella encomienda sublime, salida de labios del Redentor agonizante; ecos que, á medida que avanzan los tiempos, se tornan más potentes y sonoros; ecos á cuya vibración parecen alborozarse los individuos y los pueblos; ecos que en todos los siglos constituyen la nota dominante, la tónica de ese universal concierto que de todos los pechos se alza en honra de la mujer afortunada, que por madre nos fuera concedida, cuyo entrañable cariño no nos desampara-

(1) El Illmo. Sr. Dr. D. Manuel Rivera, dignísimo Obispo de Querétaro, que pontificó en el ejercicio religioso de la mañana del día 2 en la Basílica de Guadalupe.

(2) El muy ilustre Cabildo de la Basílica de Guadalupe.



se en las tribulaciones y orfandad. *María es nuestra Madre*: ha sido en todas las edades el grito sagrado de los pueblos que, amparados de la Señora, salieron de su infancia y caminaron presurosos por las vías de la prosperidad y engrandecimiento; María es el alma, la inspiración, la idea que palpita y aletea en todos los acontecimientos que registra la historia; María es la madre de las naciones, y entre los pueblos ocupa lugar de preferencia la América Latina. Sí, la América, esa joven matrona por cuyas venas corre en torrentes desbordados la vida y cuyas entrañas atesoran ricos veneros salpicados de la más luciente pedrería; la América que se engalana con inmenso manto de lozanía y verdor, por cuya superficie se tienden esas llanuras refrescadas por caudalosos ríos, en cuyos vírgenes bosques, airosos se levantan árboles gigantes y seculares que desafían al mismo cielo, en cuya sobrehaz protegida de altísima cadena de montañas, se irguen esos colosos, ora dormidos en sus iras, ora sacudiendo sus cabezas al toque del dedo de Dios; la América, rica preseña de la humanidad que surgiera de en medio de los océanos ataviada de riqueza y galanura y cuyo descubrimiento, según palabras textuales de un historiador del siglo XVI, (1) "es la mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte de quien lo crió;" la América es la nación de María. Dígalos si no el gran descubridor Cristóbal Colón, ese hombre el más completo, en frase de Lamartine, "merecedor más que nadie del nombre de civilizador porque llevó al nuevo mundo todas las virtudes del viejo sin uno solo de sus vicios!" ese héroe de los mares á quien entrambos mundos entonan inmenso himno de júbilo y gloria al rumor de las olas atlánticas; Colón, cuyo genio supo medir la extensión del brazo del Todopoderoso y leer su idea en las profundidades de la mar; Colón, legado de Dios que engarzó al radiante carro del Rey inmortal de los siglos el Poniente como un brioso corcel que con el Oriente emparejase y con-

(1) Francisco López de Gómara al emperador Carlos V.

dujera la gloria del Señor; Colón era el fino amante de María. ¿No le contemplamos jadeante de cansancio llamar á las puertas de un santuario de María, consagrar su primera navegación á María, izar el pabellón de Castilla en la nao Santa María, zarpar del puerto de Palos en vísperas de una fiesta de María, cantar todas las tardes la Salve á María, entre las tristezas y abatimiento de su tripulación? ¡Ah! ¡qué grande me parece Colón, cuando, al acercarse las negras cerrazones de la noche, agitado su entendimiento de encontradas opiniones, póstrase de hinojos todas las tardes ante la imagen de María, capitana de aquella atrevida empresa, y humilla ante la estrella del mar aquella frente, cuyos senos encierran el germen del más prodigioso hallazgo! María recompensó á su fiel servidor, cuando en la fiesta de su Pilar de Zaragoza extiende ante el ilustre Almirante el panorama de un mundo nuevo por él tanto tiempo anhelado. ¿No vemos á los primeros conquistadores, escribe un moderno historiador, "aquellos hombres tan duros para la fatiga, tan temerarios en sus empresas, tan valerosos en medio de tanto riesgo, á los cuales, si faltaba instrucción y sobraba codicia, no faltaron jamás ni la confianza en Dios ni la devoción á la Virgen ni el amor á su lejana patria" (1); no admiramos á aquellos aventureros acudir á María en sus apuros y más críticos trances cual á único sostén, y en medio de sus costumbres, á veces relajadas, prender en el pecho de los aborígenes el fuego sagrado de la devoción á la divina Madre? Y María que hiciera germinar en la mente de Colón la idea de un mundo desconocido que en amenidad y hermosura no tuviera competidor, María se complació en acoger con cariño de Madre á los hijos del Nuevo Mundo, y en sus imágenes y santuarios ha sido imán que atrajera los corazones de los pueblos y los uniera á su Dios, amparadora de las divinas venganzas, fuente perennal de celestes misericordias para las naciones americanas. Pero entre todas las gentes

(1) Vicente Lafuente "Vida de la Virgen María."

de América, Méjico es la única nación del nuevo mundo, en cuyo suelo, á petición de María, se levanta majestuoso, como angel tutelar, un templo en que se pintan las miradas y á do convergen los suspiros de los buenos y leales mejicanos; un monumento, cifra de la historia de esta hidalga tierra, la más rica piedra de la corona de gloria con que, entre los pueblos cultos, osténtase la gran República Mejicana: *la Sma. Madre, en día venturoso aparecida en el cerro del Tepeyacalt, es la madre de la patria mejicana: Et mandavit ei ut ingredere- retur ad regem et rogaret pro populo suo et pro patria sua.* [Esth., XV., 1.]. Y Mardoqueo mandó á Ester que se presentara al rey é intercediese por su pueblo y por su patria [Ester, XV, 1.].

He aquí el pensamiento que en breves palabras voy á desarrollar á las miradas de vuestra consideración, fervorosos guadalupanos, hijos fervientes de esa iglesia que justamente blasona de su amor á la Virgen aparecida; de esa iglesia que- retana, en cuyo episcopologio radiantes de luz se ostentan las figuras de sus cuatro Obispos. Necesito, empero, de la divina asistencia para no ajar con mis rudas frases sujeto tan levantado. Favorecedme, amados míos, con vuestras fervorosas plegarias; ofrezcámoslas á la celestial Madre para que ella las presente á Jesús como un suspiro de su Corazón Inmaculado. Digamos á la Señora:

**Ave María.**

**Illmo. Señor:**

**Muy ilustre y venerable señor:**

I.—Palpitante en lo más hondo del humano corazón existe un amor que reúne toda la ternura y energía, todo el des- prendimiento y heroísmo de los demás amores de la tierra: *es el amor de la patria.* ¡Patria!: palabra mágica que nos re- cuerda las creencias alimentadas desde la cuna y las emocio- nes más puras y generosas; que despierta en el alma las

más levantadas ideas y los intereses más queridos y vene- randos; que, hiriendo nuestro pecho, causa los más nobles sentimientos y, tocando las cuerdas del corazón, hácelas vi- brar todas al soplo sagrado del entusiasmo. ¡Patria! ¿No viven en la imaginación aquella casa, en donde fuimos cre- ciendo como flores acariciadas por el aliento de un padre y de una madre, y que después de tantos años encontramos todavía embalsamada con el aroma de los ósculos maternos; aquellos senderos por que se deslizaron alegremente nues- tros pies en la infancia; aquellas campiñas perfumadas por las auras de primavera, en donde sol y luna nos prodigaban sonrisas que nos han negado en otras partes; aquellos hori- zontes en que la inocencia ponía los linderos del mundo; aquellas montañas, cuyas crestas semejaban agujas que se hundían en el cielo; aquellos arroyuelos, puros y cristalinos, que rizaban sus hondas al suave oreo de la brisa; aquellos bosques poblados de encantos; aquel cielo y mar y tierra que hemos asociado á las más vivas sensaciones de los pri- meros años? Pues esas memorias son fragmentos de la pa- tria. A la patria pertenece la iglesia en que fuimos regenera- dos por el bautismo; el altar en donde primeramente recibi- mos el pan de vida entre lágrimas y plegarias que, entrela- zándose con las oraciones y lágrimas de nuestras madres, subieron á la gloria; el cementerio sagrado en que yacen las cenizas de nuestros mayores y adonde niños íbamos frecuen- temente á pedir para ellos el eterno descanso y para nosotros la dicha de volverlos á abrazar en un día para siempre ven- turoso. He aquí la patria: ese lazo misterioso que une á los hombres en dulce y poderosa comunidad de idioma y de in- tereses, de leyes y virtudes; ese arco en que la sociedad es- triba, sostenido por dos columnas: el altar y el hogar: *pro aris et focis*; ese amor que ha arraigado tan hondamente en todos los pueblos y edades, que se aventaja á toda otra tra- bazón y allegamiento y que entonces más se siente cuando extranjeros vagamos por tierra extraña. Pero esa inclina- ción ó apego al patrio suelo, *charitas patrii soli*, como decían

los latinos, siendo natural y por ende universal y duradero, procede de Dios, hacedor del territorio, de la familia y sociedad; de donde en todos tiempos y lugares ha sido mirado como sagrado é inviolable. "Dulce y decoroso es morir por la patria" *dulce et decorum est pro Patria mori*, clamaba el lírico romano; "el amor de la patria es superior á los más hondos afectos" *vincit amor patriae*, repetía el poeta Virgilio y añadía Cicerón: "Caros nos son el padre y la madre, los hijos y parientes, los amigos; mas todos estos amores van á confluír y reunirse en el amor de la Patria" (1). Y la Iglesia Católica, hija del cielo, que purificó este amor, corrigiendo el concepto de Patria; y lo ensanchó, dando á la patria más ámbito del ideado por griegos y romanos; y lo santificó, asociándolo al brillante cortejo de las virtudes cristianas, consagra con sus elogios y bendiciones el valor de los héroes que derraman su sangre en legítima defensa de su patria y ciñe sus sienes con la diadema esplendorosa del martirio; puesto que, como razona el Angélico Maestro, la virtud de la piedad nos obliga á rendir culto á los que son principio de nuestra existencia: á Dios primeramente y en segundo lugar á los padres y á la patria, principios secundarios de nuestro sér y gobierno (2).

II.—Múltiples son los elementos que entran en la constitución de la patria: la tierra con sus fronteras trazadas por la naturaleza ó por el convenio de los hombres, la raza con sus afinidades y simpatías, la lengua con su historia y literatura, los mismos recuerdos, intereses, afectos y esperanzas que nos ligan á lugar determinado. "De la raza y de la nacionalidad, ha dicho un eminente orador, nace en el humano corazón el amor de la patria, sentimiento profundo y exclusivo que se alimenta de la historia de lo pasado y de los recuerdos de nuestra vida personal, adonde converge cuanto hemos visto, hecho y sido desde los felices días de la infancia hasta las agitaciones y reveses de la edad madura y la pers-

(1) Lib. II. de Invent.

(2) Summ. Theolog. II. II<sup>a</sup> q. CI., a. 1. c.; a. 3. ad 3.

pectiva del sepulcro." [1] Mas los embelesos de esa tierra y raza y lengua é historia derívanse de más arriba, suponen una fuerza íntima, un centro, que llamamos *alma de la patria*; y bien así como en el individuo el alma es el principio de la vida y la forma específica, que lo distingue en su sér y operaciones de los demás objetos, y le asigna lugar aparte en la escala teleológica de la creación, de igual arte el alma de un pueblo es el principio de su vida social; ella lo da á conocer á través de las vicisitudes de los tiempos y constituye la esencia de la patria. Doquiera que hay un miembro de ese cuerpo moral, allí actúa el alma de la patria. Muerta esta alma, bajo la opresión de la derrota, en la decadencia moral ó por secretos juicios de la Providencia, muere la patria. ¡Ay! Cuando en la carrera de los siglos suena esta hora fatal, el cielo conserva su hermoso azul, sus rayos y claridad; la tierra nada ha perdido de su fecundidad primera; las montañas siguen igualmente enhiestas, las olas besan las mismas costas, corren las mismas brisas, las ciudades no cambian de recinto, continúa la raza, el idioma conserva todavía sus propiedades y armonía: pero... el alma de ese pueblo, en otro tiempo grande, se ausentó, llevándose consigo sus recuerdos, tradiciones y creencias, no dejando más que el cadáver de un gran pueblo y la tumba de la patria. [2] Y ¿cuál es el alma de la patria? La Religión. Porque ¿existe por ventura uno solo de los sentimientos patrióticos, que no tenga en la religión su manantial primero? ¿Quién hará surgir en un pueblo la generosidad y desprendimiento, la fuerza y el valor sino la religión, el Catolicismo, ilustrando con los destellos de la fe la inteligencia y proponiéndole verdades sobrenaturales que, cuando los móviles humanos carecen de eficacia, conforten su heroísmo; mostrándole en lontananza los premios vinculados al verdadero patriotismo y fortificando su ánimo para que no desfallezca en las contrariedades é

[1] Lacordaire, 31<sup>me</sup> Conféérence de N.-D., 1845.

[2] Véase á Mons. Turinaz, obispo de Nancy y á Toul: "Le Patriotisme."

malquerencias de los hombres; enardeciendo su pecho en las llamas del amor, amor para con Dios, hacedor de individuos y de sociedades, amor para con la patria, síntesis de los afectos más puros del corazón, inflamándole en los ardores de la caridad que depure y agigante todos los afectos generosos? "Sí, confesémoslo muy alto: Religión, Religión: he aquí el grito de la humanidad en todo lugar, salvo algunos días de terribles crisis y vergonzosas decadencias," ha escrito el protestante Guizot; y uno de los más prestigiosos generales de la tercera república francesa añadía: "De todos los sentimientos que nutren el corazón del hombre, el más poderoso es el sentimiento religioso, en que el soldado bebe la esperanza que le sostiene y esfuerza. Más que nadie, el guerrero siéntese bajo la mano de Dios y necesita creer en la vida inmortal venidera, para aceptar virilmente la idea del sacrificio (1).

Demostrada la unión de la Patria con la Religión, analizado el concepto de Patria, de ese cuerpo moral, cuya alma es la religión, demos ahora, amados míos, vuelos al discurso, abramos el corazón para que suelte el entusiasmo que encierra, sintamos toda la dulzura que destila el tercer punto de este sencillo razonamiento: la santísima Virgen de Guadalupe es la sostenedora, el alma de la patria mejicana. Méjico justamente se enorgullece de que su historia no solamente presenta la mejor armonía entre el Catolicismo y el amor patriótico, sino que esas dos ideas han encarnado en esa dulcísima Virgen, *alma patens* de la nación mejicana. Y ello es así efectivamente.

III.—Cuatro siglos se cumplirán en 1931 desde que las naciones del Anáhuac fueron agraciadas con las primeras sonrisas de la Virgen Aparecida en la colina del Tepeyac. A partir de esa fecha memorable, tended la vista por todos los testimonios que pregonan en alto el progreso y civilización que en pocos años alcanzara la nación mejicana; examinad el avance del Catolicismo y conversión de las tribus gentí-

[1] El general Berthaut, ministro de la Guerra.

licas; parad mientes en las públicas calamidades que amenazaban destruir la nación, las que desaparecieron como por ensalmo; analizad detenidamente el génesis y consolidación de la patria mejicana; en todos los predichos eventos, ora públicamente manifiesta, ora latente y vigorosa hallaréis á la Santísima Virgen de Guadalupe, alma y sostén de la patria. Y á la verdad, fenómeno digno de ser considerado es el que se observa, estudiando la propagación del Evangelio en medio de las tribus aborígenes del Anáhuac. La fe cristiana que antes de 1531 apenas podía abrirse entrada, sino merced á continuados esfuerzos, desde esa inolvidable fecha luce tan esplendente que en solos cuatro años el número de conversos pasa de diez millones, y los rayos de esa divina fe se vuelven cada día más diáfanos y esplendorosos; la superstición y poligamia huyen de los hogares, la Iglesia mejicana es ameno vergel, en que el Señor se complace, y todos aspiramos la suavísima fragancia que exhalan flores tan olorosas, como un Felipe de Jesús, un Bartolomé Laurel. Y esa fe es inquebrantable y pura sin mezcla de herejías ó disenciones. Arrecian los vientos de la persecución, cruzan días de abatimiento, épocas existen en que las convicciones católicas del pueblo mejicano parecían vecinas á su extinción ó mengua; pero no: de nuevo esa fe se alza más pujante y vigorosa; el Catolicismo de Méjico podrá pasar etapas de prueba, pero jamás, nunca, puede morir. ¿Por qué? Porque la Santísima Madre que con su aliento perfumara nuestras brisas en la alborada del 9 de diciembre de 1531 y con sus plantas virginales santificará nuestro suelo, María de Guadalupe es la madre de nuestra fe; los mismos escritores protestantes reconocen que la supresión de la idolatría en Méjico, en tan corto espacio de tiempo, fué protección especial de la Virgen Guadalupana. María es por lo consiguiente la Madre cariñosa que nos amaestró en la fe; Ella es la que dió unidad á aquellas familias y naciones antes entre sí apartadas por odios de raza y de opiniones; Ella la que infundió sentimientos humanitarios en los pechos incógenas, cuya

bravura, á las veces exacerbada, corría parejas con la crueldad; Ella fué la que plantó los primeros gérmenes de la civilización que más tarde había de parecer á la faz del mundo brillante y poderosa, y constituir el nervio de la independencia patria. Y María no contenta con dar á esta nación privilegiada el espíritu que había de informar la patria, contribuyó al acrecentamiento del verdadero y genuino patriotismo. Los territorios antes habitados por tribus enemigas convirtiéronse en provincias hermanas merced á la misma profesión religiosa que las aproximaba, y en esas provincias por doquiera era reconocida y venerada la Sma. Virgen de Guadalupe; los hogares todos, sin excepción de opulentos ó de pobres, fueron santificados por la presencia de María de Guadalupe, que en imagen bendecía las fiestas y gozos de la familia ó tomaba parte en sus duelos y tristezas; las tradiciones patrias, esas historias habladas de las masas populares, legado cariñoso que en testamento de amor dejan á sus descendientes las generaciones que pasaron, las tradiciones patrias se fortificaron, vinculándose en su mayoría á algún milagro ó beneficio recabado por intercesión de María de Guadalupe; las lenguas primitivas parece que perdían su rudeza y hacíanse ricas, sonoras y flexibles al ensalzar á María de Guadalupe, y los himnos compuestos en honra de la Señora resonaron ya desde el 26 de diciembre de 1531 y, salidos de más de cien mil pechos entusiastas, quebraban las ondas de los lagos de la capital y repercutían en los vecinos bosques y en los flancos de sus montañas; de la bravura de la raza india y de la hidalguía y caballerosidad de la nación ibera, nació potente y esforzado el pueblo mejicano, resguardado bajo la égida protectora de María de Guadalupe. Sí, amados míos, preséntese un elemento cualquiera que integre la patria y allí divisaréis á María de Guadalupe: la misma independencia nacional, esa aspiración de los pueblos jóvenes, á María de Guadalupe debe su estabilidad y coronamiento. *Et mandavit ei..... Y le mandó.....*

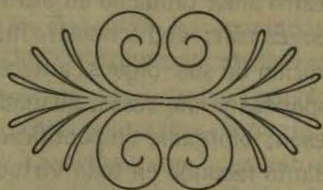
De la tesis, cuya demostración habéis escuchado, des-

préndese un importante corolario. Si la patria y la religión guardan entre sí buena amistad y armonía; si la religión es el alma de la patria; si el Catolicismo y la patria mejicana hallan su más ingenua expresión en esa dulcísima Virgen, en hora venturosa aparecida, claro aparece, amados míos, que el acto que en esta mañana realizáis representa el más acendrado y puro patriotismo.

Ahora bien, amados míos: habéis logrado nuevamente en este año la dicha de postraros en presencia de esa bendita Virgen; caed ahora mismo ante su acatamiento, exponedle las necesidades que os aquejan, hacedle presentes vuestras lágrimas y quebrantos, que ella, cual Madre amantísima, restañará la sangre que corre de las heridas abiertas en vuestro corazón y sabrá infundir en vuestros pechos el bálsamo del consuelo.

Sí, Madre divina, que en día eternamente memorando os dignasteis aparecer entre nosotros para enjugar nuestras lágrimas y escuchar nuestras demandas, volved á nosotros vuestra mirada benéfica y protectora: *convertere*. Miradnos desde el cielo, do residís circuída de gloria y majestad: *respice de coelo*; miradnos hoy que anhelantes hemos acudido á tributaros el homenaje de nuestro amor agradecido: *respice de coelo*; miradnos, Virgen benditísima. ¿No nos conocéis? Somos los hijos de la iglesia de Querétaro que, presididos por nuestro solícito Padre y Pastor, venimos á contemplar una vez más vuestro amor dibujado en esa venerable imagen que nos legasteis. *Et vide*: ved á nuestro ilustrísimo Prelado, émulo de la devoción de sus dignos antecesores; ayudadle en todos sus propósitos y empresas, allanadle los obstáculos que se le atraviesen; otorgadle un pontificado, cuanto ilustre y glorioso, otro tanto fecundo en toda virtud y santidad; haced que sumisos escuchemos su cariñosa voz y dóciles practiquemos sus enseñanzas y consejos: *et vide*. Ved al clero de Querétaro, compuesto de hijos celosos de vuestras grandezas y defensores de vuestra aparición; conceded que la acción de nuestros sacerdotes vaya seguida por doquiera de triunfos

para la causa de Dios: *et vide*. Ved al Seminario Conciliar y al Liceo Católico: que esos dos colegios sean planteles, en que abrigados por vuestro manto, crezcan en virtud y en saberes los futuros ministros del altar y del hogar: *et vide*. Vednos á todos, Madre cariñosa: todos somos hijos vuestros; todos queremos una bendición para nosotros, para nuestras familias, para nuestros campos; una bendición singularísima para los que no logren el consuelo de saciar sus miradas con la vista de vuestra embelesadora imagen. *Et visita vineam istam et perfice eam quam plantavit dextera tua*; visitadnos aquí en vida con raudal escopiosos de gracias, que hagan fructificar en nuestros corazones toda virtud y obra buena; visitadnos á la hora de la muerte, dándonos la victoria en el postrer combate y agonía para que en el cielo, cuantos aquí nos hemos congregado, alabemos vuestras finezas maternales; y todos, Madre é hijos, loemos, ensalcemos y glorifiquemos al Señor nuestro Dios, abismados en piélagos de eterna bienaventuranza. Amén.



# SERMON

PREDICADO POR EL

**R. P. CARMELO BLAY,**

EN EL

**ACTO SOLEMNE DE EXPIACION,**

CELEBRADO POR LA

**Peregrinación de la Diócesis de Querétaro,**

EN EL TEMPLO EXPIATORIO DE

**SAN FELIPE DE JESUS,**

EL DIA

**2 DE JULIO DE 1909.**

---

CON LICENCIA DEL ORDINARIO.

---

QUERETARO.

IMPRENTA ECONOMICA.--MALFAJADAS I.

1909.



Parce, Domine, parce populo tuo.  
Joel, II, 17.

Ilmo. y Rvmo. Señor:

Amados hermanos en Jesucristo:

Según leemos en el libro del Levítico, impuso Dios al pueblo de Israel la obligación de ofrecer sacrificios en expiación de los pecados cometidos contra su Criador y Señor, y á esa expiación que impuso por ministerio de Moisés, quiso darle el carácter de nacional, porque "cuando las naciones han pecado, la expiación debe ser nacional;" y al mismo tiempo quiso darle el carácter de perpetuidad, cuando dice en el Cap. 16, *Eritque vobis hoc legitimum sempiternum*. Así lo han comprendido las naciones católicas, las cuales cuando se han alejado de Dios por grandes crímenes y pecados nacionales, han reconocido la necesidad de ofrecer una expiación nacional. A este propósito podemos recordar un hecho bastante reciente: al verse la Francia católica vencida en la sangrienta guerra franco-prusiana, tuvo aquella derrota como un castigo del Cielo, y para aplacar la ira de Dios, concibió el pensamiento de levantar en Montmartre, el célebre Templo Expiatorio y con juramento se obligó á edificarlo, llamándole por esto el Templo del voto nacional. Mas este no fué el primero y edificante ejemplo que esta nación diera al mundo. Antes, cuando enloquecida por las furias de las pasiones de aquella que, por antonomasia, se ha llamado la revolución francesa, cometió el espantoso regicidio en la per-

sona de Luis XVI; después que la calma sucedió á tan terrible tempestad, el pueblo francés se humilla ante Dios y para ejemplo de las demás naciones, en el cementerio de la Magdalena de París, donde descansan los restos del infortunado monarca, levanta una hermosa Capilla ó Templo Expiatorio. Así ya que la historia no puede arrancar de sus páginas aquel desgraciado suceso, al menos quede reparado por el arrepentimiento y la satisfacción que dicho Templo transmitirá á las generaciones futuras. Si alguna nación encontrándose culpable quisiera excusarse diciendo “no soy la primera, ni la única nación que ha cometido grandes crímenes y pecados, los ha cometido la grande y civilizada nación francesa” se le podría decir aquello de San Ambrosio al Emperador Teodosio, que alegaba que un rey como David había sido adúltero y homicida: “Secutus es errantem sequere poenitentem.” ¡Oh tú, nación, cualquiera que seas, has imitado á la Francia en sus extravíos y pecados, imítale en penitencia!

Sin duda ninguna que México, como nación, ha cometido grandes crímenes y pecados, que no son del caso referir en estos momentos, por ser de todos bien conocidos. Y México para calmar la ira de Dios, ha levantado este hermoso Templo Expiatorio, donde constantemente se ofrezcan actos de expiación por los pecados de toda la nación. Y, convencidos de esta necesidad, vosotros, piadosos peregrinos de la Diócesis de Querétaro, después de haber ofrecido vuestro corazón á la Virgen Inmaculada, en el Santuario del Tepeyac, venís, en estos momentos, á ofrecer vuestras lágrimas al pié del Augusto Tabernáculo, donde el Dios de la Eucaristía se ofrece en constante holocausto por los pecados de todo México, porque pensais que con vuestras lágrimas y penitencias podreis aplacar la cólera divina y porque sabeis que *Dios castiga á las naciones cuando no expian sus pecados.*

*Ave-María.*

La idea de la expiación está profundamente grabada en el

corazón del hombre, y sin duda fué inspirada por Dios, porque siendo una idea tan sublime y tan grande, sólo Dios podía grabarla en el corazón del hombre culpable y criminal. El hombre en todo tiempo ha reconocido la necesidad que tiene de la expiación, si quiere volver á la amistad y gracia del Señor á quien ha ofendido con sus pecados. Y á la verdad, el hombre pecando desobedeció á su Dios, se separó de El, hízose su enemigo, objeto de su ira y de su maldición eterna, de tal manera que el que una vez pecó se excluyó del modo más positivo del círculo de la bondad divina, que le había criado para que obedeciendo sus preceptos le amase y amándole fuera un día feliz y dichoso. Pero si el hombre pecador pudo excluirse del círculo de la bondad no así del círculo de su justicia. Porque ¿dónde irá el hombre que no encuentre á su Dios? Pues dice el real Profeta: *Quo ibo spiritu tuo et a facie tua fugiam?* “Si subo al cielo allí estais Vos; si desciendo á los profundos del abismo, allí os encuentra mi vista; si vuelvo á las extremidades de la tierra, allí y en todas partes tu mano vengadora está sobre mí.” No hay, pues, medio de sustraerse á la justicia de un Dios que ha jurado solemnemente vengar su bondad ultrajada, llegado que fuese el tiempo fijado en su paciencia. Pero no es menos cierto que entre tanto, este Señor, que jamás tuvo sobre el hombre sino pensamientos de paz y no de aflicción, le espera pacientemente, como se expresa el Apóstol S. Pedro, porque su gozo sería que ninguno pereziese de cuantos vino á salvar al mundo sino que todos recurriesen á la expiación: *Nolens aliquos perire, sed omnes ad poenitentiam reverti.* No es mi propósito reproducir en estos momentos los innumerables pasajes de los libros santos, en los que se nos manifiesta la necesidad de la expiación y penitencia para reparar los ultrajes hechos á la magestad de Dios ultrajada por el hombre. Es necesario al hombre para satisfacer á Dios á quien ha ofendido con sus pecados, la verdadera expiación y penitencia, pues, con la expiación podrá desarmar la cólera divina ofendida tantas veces. Así lo han reconocido en todo



tiempo los hombres y así lo han practicado constantemente. Bastaría leer, aunque fuera con ligereza los libros santos y en todos ellos encontraríamos multitud de pasajes que nos demostrarían esta verdad, pues, los patriarcas de la antigüedad ofrecían expiaciones y sacrificios no solo por sus pecados sino también por los pecados de los suyos; así lo practicó el santo y piadoso Job que ofrecía al Señor holocaustos y sacrificios por los pecados que hubieran podido cometer sus hijos. Y el santo rey David, cuando el Señor le manifiesta su pecado se viste de cilicio y hace penitencia de sus pecados, á pesar de saber por el Profeta que había sido perdonado. Así encontraríamos muchos ejemplos en los libros del Antiguo Testamento, los cuales nos manifiestan la necesidad de la expiación y penitencia.

El Bautista, Precursor de Cristo, en todas sus predicaciones, inculca continuamente á los fieles que le seguían, la necesidad de hacer penitencia y expiar los pecados, con estas palabras: *Poenitentiam agite, appropinquat regnum Dei*. Palabras que no eran sino un eco y como una repetición de los clamores de los profetas, que en todos los siglos, no habían cesado de gritar, para persuadir á los hombres, que no había otro remedio para aplacar la ira de Dios á quien tantas veces habían ofendido con sus continuas prevaricaciones, sino el de la expiación y penitencia.

Pero así como los individuos, en particular, tienen necesidad de expiar sus pecados, así también los pueblos y las naciones, si quieren disfrutar de las bendiciones del Señor, de la vida y prosperidad social. Y con más razón que los individuos, los pueblos y naciones tienen necesidad de expiar sus pecados si no quieren sufrir los castigos del Cielo; porque los individuos, en particular, pueden de alguna manera satisfacer por sus pecados y sufrir el castigo de los mismos en la otra vida, pero las naciones deben expiar los pecados si no quieren verse castigadas por Dios. En la historia de todos los pueblos y naciones, vemos hechos admirables que nos manifiestan claramente, que si bien es verdad que Dios ben-

dice y conserva á las naciones cuando son fieles á sus preceptos, castiga duramente y sin compasión á esas mismas naciones cuando le ofenden y se apartan de sus caminos, y solamente las bendice de nuevo, cuando por la expiación vuelven sus ojos á Dios, su Criador y Señor, de quien son todos los reinos, pueblos y naciones, sobre los cuales debe reinar con toda su autoridad. Tenemos un ejemplo hermosísimo de esta verdad en el pueblo de Israel, que entre todos los pueblos del Universo debe ser el tipo y el modelo en el que los demás deben leer sus destinos y su porvenir. Considerando sus diferentes facies y vicisitudes, no podremos dejar de ver con admiración que Dios castiga inmediatamente las prevaricaciones y pecados de su pueblo predilecto, y que únicamente lo bendice en su misericordia cuando por la expiación procura aplacar su cólera y enojo. Así, cuando este pueblo privilegiado se aparta de los caminos del Señor, permite Dios que sea oprimido por el Rey Cusan de Mesopotamia, el cual enseñorándose de todas sus posesiones, amenazaba el más completo exterminio á aquella nación prevaricadora, la cual no encontró otro recurso para apartar de sí el yugo insostenible de la esclavitud, á que se hallaba reducida que apelar á la expiación de sus delitos y pecados, causa de todas sus desgracias. Clamaron todos al Señor, lloraron, afligiéronse en su presencia y sus acentos fueron benignamente escuchados por Dios, enviándoles un grande y famoso caudillo, que les restituye á la libertad con tanta más gloria, que llegaron á vengarse completamente del cruel tirano, que parecía haber establecido en medio de Israel un poder indestructible. Sin embargo, los crímenes y pecados de este pueblo vuelven á conjurar contra sí los castigos del Señor y pasados cuarenta años, Israel viene á ser en gran parte posesión de los mohabitas. Reducidos los hebreos á una vil servidumbre gimieron entre hierros por espacio de más de veintiocho años hasta tanto que reconociendo sus maldades desarmaron con la expiación el furor del Eterno. Tornó á pecar el pueblo de Israel y sucesivamente vienen

sobre esta nación tan desventurada como ingrata, á los beneficios de Dios, toda suerte de reveses, desgracias é infortunios. Los madianitas talan sus campos, roban sus ganados y siembran por donde quiera el espanto, la desolación y el desorden; vienen después los filisteos se apoderan de sus provincias, arrebatan sus mujeres, dan muerte á sus hijos y todo lo llenan de sangre y de infortunio. ¿Y quién los sacó de todos estos peligros? ¿Quién les dió la victoria contra sus enemigos y contra unos ejércitos tan formidables? Bien claro está en los libros santos; la expiación, la penitencia, los gritos y clamores de misericordia y arrepentimiento que lanzaron al Señor diciendo: "Peccavimus Domine, peccavimus, miserere populi tui. Parce, Domine, parce populo tuo." Y no creais que estos clamores fuesen la expresión de un terror y de un gran pánico, y no la convicción de que sus delitos eran la causa de sus desgracias y calamidades; antes por el contrario, persuadidos los hebreos de esta verdad y más temerosos de sus propias culpas que de los ejércitos de Holofernes que venían á caer impetuosamente sobre la Ciudad de Betulia, como las águilas carnívoras sobre la inocente presa, se postran en la presencia del Señor, claman con grande instancia, humillan sus almas con los ayunos, los sacerdotes se visten de cilicio, los niños son colocados sobre el altar santo, todo en fin respira compunción, arrepentimiento, penitencia y expiación verdadera; y buena prueba de ello fué la señalada victoria que consiguieron por manos de una débil mujer en aquel día que cubriéndolos de gloria, llenó á sus enemigos de baldón é ignominia.

Si pudiéramos recordar en estos momentos la historia de todos los pueblos y naciones, veríamos reproducida, á travez de los siglos, la historia del pueblo hebreo, lo mismo en sus glorias y grandezas, que en sus abatimientos y desgracias. Porque todos los pueblos, cuando siguen los caminos del Señor reciben las bendiciones del Cielo que les recompensa su fidelidad y servicios y por el contrario cuando por sus crímenes y maldades se apartan del cumplimiento de sus

deberes se hacen dignos de los mayores castigos y desgracias.

No son meras casualidades los grandes cataclismos que afligen de tiempo en tiempo á los pueblos. Estudiad, si queréis, las grandes desgracias que en nuestros tiempos han venido sobre algunos pueblos y en el fondo encontrareis, como origen de aquellas desgracias, la prevaricación de los pueblos que se han apartado de su Dios y le han ofendido con multitud de pecados. La erupción del Mont-Pelée en que arrojando por su boca rios de fuego convirtió en ruinas la hermosa isla la Martinica. Los grandes terremotos que asolaron muchas poblaciones de la vecina República de Guatemala. El horroroso terremoto que redujo á un montón de escombros un centro de tanto movimiento y comercio, como San Francisco de California. Y más recientemente la horrorosa catástrofe que ha llenado de desolación y espanto á la parte más hermosa de Italia y que tanto ha conmovido á la humanidad entera, son demostraciones visibles de la justicia del Señor. La prensa católica se ha encargado de publicar á la faz del mundo entero que siempre han precedido á esas grandes catástrofes y desgracias, horribles blasfemias y enormes pecados que han colmado la medida de la justicia divina ofendida por los hombres.

No cabe duda, m. q. h. que México, como nación, también ha cometido muchos pecados y grandes faltas, que no necesito recordaros en estos momentos por ser de todos muy conocidos. Para aplacar la cólera del Altísimo y reparar las ofensas cometidas contra la majestad del Señor, se ha levantado este hermoso Templo Expiatorio donde se ofrezca constantemente la Hostia pura en holocausto por los pecados de toda la Nación.

Indudablemente que aunque sean muy grandes los pecados y maldades de México, Dios ha de mirarnos con ojos de misericordia, mientras existan en medio de nosotros fieles tan piadosos como los de la Diócesis de Querétaro, que presididos por su Venerable Pastor y Padre, después de ofrecer

su corazón y sus homenajes á nuestra Madre y Señora en su hermosa Basílica del Tepeyac, vienen á postrarse ante el Tabernáculo del Jesús de San Felipe y con el rostro pegado en el suelo y el corazón levantado hasta Dios ofrecen en expiación de todos los pecados, sus fatigas y cansancio y todos los trabajos de una larga peregrinación en medio de las más grandes privaciones y hecha con verdadero espíritu de penitencia.

Ofrecédle, pues, á ese Dios de la bondad y de la misericordia, vuestras lágrimas y sufrimientos y con toda la efusión de vuestras almas repetid las hermosas palabras del Profeta: Parce, Domine, parce populo tuo.

Si, amorosísimo Jesús, escucha las plegarias de estos tus hijos y recoge sus lágrimas; bendice á su Venerable Prelado, á sus sacerdotes y á todos los fieles para que siguiendo siempre tus preceptos y tu ley, después de adorarte aquí en la tierra en el Adorable Sacramento, puedan gozarte y adorarte para siempre en el Cielo. Amen.

